



que se resiste Horando; y en terrible ademan se lanza á él, lo rodea, lo insulta; y sin el oportuno socorro, primero de un generoso oficial de walones, y despues de una patrulla francesa, hubiera sido él la primera víctima de su ira contra su jefe y contra Napoleon. Terminaba ya esta escena, cuando se exparció eléctricamente por la alborotada multitud la voz de que los infantes bajaban por la escalera para montar en los coches y partir. En medio del universal clamor que se levanta, óyese la voz lastimera de una mujer del pueblo que grita con la energía de la desesperacion: *¡que nos le lleven!* y este grito, que despertaba á la vez las ideas del rebato de la real familia y de la orfandad de la nacion, es la chispa que hace estallar la tempestad. Mientras unos se arrojan á los carruajes á cortar los tiros, otros se disponen á impedir que los infantes se entreguen á su escolta, y todos bramaban de coraje cuando de súbito se oyó la detonacion de una descarga y se vieron caer algunos cadáveres.

Murat, pronta y minuciosamente informado de lo que pasaba, por la inmediacion de su alojamiento al sitio del tumulto, habia mandado á sofocarlo su batallon del piquete con dos cañones; y tan bárbaramente fué ejecutada su orden que, sin prévio aviso, sin ninguna de las formalidades que la ley y la humanidad imponen á quien tiene de su parte las ventajas de las armas y la disciplina, apenas asomaron á la entrada de la plazuela, henchida de gente, hicieron sobre ella una descarga alevosa. Al oirla y contemplar su estrago, el pueblo se dispersa, pero no huye acobardado: es que no tiene medios de defensa. Desparrámase por la poblacion dando el grito de *¡á las armas!* y al contar en las calles y en las casas la nueva felonía que acababa de sacrificar á varios patriotas, cuya sangre muestran algunos salpicada en sus vestidos, resuena por todas partes la voz de *«guerra á los traidores»* y el estruendo pavoroso de un gran pueblo en conmocion. Hombres, muchachos, ancianos y hasta mujeres, que tambien á ellas arrebató entonces de una manera singular el sentimiento de la independencia, empuñaron cualquier arma, un trabuco, un chuzo, un puñal ó un simple palo, lo mis-

mo que una escopeta, un sable ó una pistola, y salieron á la calle sedientos de venganza y esterminio. Desde la puerta de su casa hasta la del Sol, adonde todos se dirigieron, cada cual emprendió al punto la lucha con los franceses que á su paso halló. Sólo fueron perdonados, y no siempre, los que se rindieron pronto y los que se hallaron bajo el amparo del hogar doméstico; porque en casos tales el amor de la patria ahoga hasta la natural piedad del corazon. Mas así como fueron considerables los casos de tan difícil generosidad en medio de tan ciego furor contra los franceses, nadie perdonó á un mameluco, porque al matarlos se creia privar á la patria de dos enemigos, el de us independenciam y el de su religion, ó como dice Fey, aquel golpe hacia desaparecer al francés y al musulman juntos en uno.

La inmensa muchedumbre que llenó la Puerta del Sol y las inmediatas calles Mayor, Monterá, Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Carretas, rechazó diferentes masas de infantería y caballería que intentaron penetrarla; pero falta de direccion, no viendo á su cabeza un general, ni un miembro de la junta, ni un hombre cualquiera de prestigio, porque los sucesos no habian permitido formarlos todavía, no aprovechó la fuerza que esos triunfos desenvolvieron en ella, y en vez de obrar con celeridad y energía, cuando vió desaparecer de su vista á los enemigos, creyó por ya celebrar su victoria. ¡Lamentable error! Murat, informado de que ni las descargas de infantería, ni las cargas de caballería podian aventar aquella mole, mandó deshacerla á cañonazos, y en breve la artillería del Retiro subió por la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo sembrando con la metralla el terror y la muerte. Huye despavorida la multitud ante un arma á que no tiene que oponer sino el ciego valor de la desesperacion; y en efecto hay muchos que ó permanecen inmóviles aguardando á la caballería de polacos y mamelucos, que avanza á completar el estrago, ó se abalanzan á la muerte con el puñal ó la pistola en la mano contra un ginete ó contra un cañon. ¡Inútiles esfuerzos de un valor temerario! Los vencedores los sacrificaban despiadadamente, distinguiéndose en la cruel-



dad los mamelucos y los polacos, que no tenían como aquéllos la disculpa de vengar á sus compañeros. Forzaron varios edificios de donde se les habia hecho fuego, y no calmados con el pillaje, sacaron á sus moradores y los fusilaron á las puertas de su propia casa, á la vista de la madre, de la esposa ó de la hija, implorando perdon desfallecidas.

La muchedumbre, dispersada por la artillería, no toda se habia retirado á buscar en la fuga la salvacion. Un número considerable voló al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, para apoderarse de algunos cañones y volver á la lucha con ménos desigualdad. Estaba el puesto custodiado por ochenta franceses y catorce artilleros españoles al mando de D. Luis Daoiz, que se negó á las primeras intimaciones del pueblo subyugado al penoso deber de la subordinacion militar. El acuerdo de la junta de emplear hasta sus propios esfuerzos en contrarestar cualquiera tentativa popular contra la partida de los infantes, habia originado una orden del capitán general, D. Francisco Javier Negrete, encerrando á las pocas tropas españolas en sus cuarteles, temeroso, no sin razon, de que tomarian parte en la insurreccion del pueblo. Difícil hubiera sido á éste vencer la pundonorosa obstinacion del capitán Daoiz, á no haberse presentado allí, al frente de treinta voluntarios del Estado, otro capitán de la misma arma gritando como él: *«¡Viva Fernando VIII! ¡viva España! á quien aclamó por su caudillo.*

Era este D. Pedro Velarde. Habia sido uno de los más entusiastas admiradores de Napoleon hasta que le vió apoderarse villanamente de nuestras plazas fuertes, y más particularmente, hasta que por la comision que le dió Godoy antes de los sucesos de Aranjuez, de averiguar las intenciones de Murat, se persuadió de que se proyectaba alguna maquinacion contra España. Volvió á Madrid resuelto á trabajar cuanto pudiese en prevenir de cualquiera asechanza á los compañeros, al pueblo y á las autoridades; pero Ofarril, aunque no repugnó sus sospechas ni desaprobó sus trabajos, oyó con frialdad sus respetuosos consejos. Murat, por el contrario, habiendo conocido su mérito y que, como se-

cretario de la junta superior y económica del cuerpo de artillería, podia darle exactas noticias del estado de la plaza, trató de seducirle convidándole con este objeto dos veces á comer. Era un alma noble incapaz de sacrificar su dignidad y el interés de la patria á los cálculos del vil egoismo.

El 2 de Mayo, al atravesar las calles hácia su oficina, sita en la calle Ancha de San Bernardo, notó los primeros síntomas de la conmocion popular, y se encendió su alma de entusiasmo, cual si presintiese la imperdurable gloria que iba á alcanzar en aquel día. Entró silencioso en la oficina, y apenas se habia sentado á su mesa y principiado á borrar distraidamente un papel, se levantó de súbito, y, dirigiéndose á un comandante que ocupaba una mesa inmediata y era individuo de la junta, le dijo lleno de emocion: *«Mi comandante, es preciso batirnos; vamos á batirnos.»* En vano su jefe trató de calmarle, pues á sus reflexiones y al recuerdo de los deberes de la disciplina, contestaba con acento solemne: *«Es preciso morir por la patria.»* Oyerónse en estos momentos algunos disparos de fusil, y nada fué ya capaz de contener la fogosidad de aquel jóven de veintiocho años, que habia previsto de los primeros la perfidia de Murat. Toma un fusil y seguido sólo de un escribiente meritorio y de un ordenanza, se dirige al cuartel de voluntarios del Estado, situado en la misma calle, á provocar una insurreccion á los gritos de *«viva Fernando y viva España,»* repetidos por una porcion del pueblo que le habia seguido en el tránsito. Los soldados ardian en deseos de secundarles; mas su coronel no osó cubrir la ordenanza en el conflicto de la patria, y sólo á las vivas instancias de Velarde consintió en darle la tercera compañía del segundo batallon con su oficialidad, que era de las más reducidas. No vaciló por eso en dirigirse desde luego al parque, donde engrosó sus filas con el pueblo que allí estaba clamando por armas.

Su voz, conocida de Daoiz, le abrió las puertas, y entrando él solo con el teniente Ruiz, se dirigió á intimar la rendicion al comandante francés. Dió muestras de resistirse; pero Velarde enseñándole el pueblo y la tropa que le si-



guen ansiosos de una señal para precipitarse contra ellos, logró que le entregasen las armas los ochenta franceses, á los que encerró en una cochera. Quedaba, empero, otro obstáculo que vencer, pues Daoiz, aunque habia perñitido la entrada á su compañero, no estaba todavía en ánimo de quebrantar sus deberes militares. Velarde se dirige á él, y ambos entablan á vista de sus soldados un animado diálogo, que concluye al anuncio de que uno de nuestros cuarteles ha sido atacado por los franceses y una columna enemiga avanza á paso de carga contra el parque, rasgando Daoiz la orden del capitán general que tenia en sus manos y gritando: «Viva Fernando VII.»

Daoiz, que tenia entonces unos cuarenta y un años, era uno de los más brillantes oficiales del ejército. Se habia distinguido como artillero en las defensas de Céuta y Oran, y en la guerra con la república, en la que fué hecho prisionero. Entró despues en la artillería de marina; y la guerra con los ingleses le ofreciera ocasiones de singularizarse, tanto al frente de su batería, como de parlamentario por su conocimiento y fácil manejo de las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina. Dos viajes redondos al continente americano le habian dado esa fria serenidad en los peligros que sólo se adquiere luchando con los gigantes del mar.

Unida su experiencia al ardor juvenil y á la palabra entusiasta de Velarde, hubieran podido oponer una larga resistencia, apoyados en el pueblo, si la posición fuese militar. Pero el parque no era lo que por su nombre pudiera suponerse, sino una grande y vieja casa que habia sido del duque de Monteleón, y se vieron con tal escasez de municiones que sólo hallaron diez cartuchos de cañón. Fuéles preciso organizarlo todo instantáneamente: una partida de paisanos y soldados sube á tomar las alturas del parque, desalojando á los enemigos que ya las poseian; otros arrastran á brazo cinco cañones y colocan dos enfilando la calle de San Pedro, desde la parte interior, con las puertas cerradas; fuera del número que basta á su acertado servicio, los artilleros se ocupan en fabricar cartuchos para ellas; y á fin de proteger sus fuegos, los voluntarios del Estado son distri-

buidos en las ventanas de la casa: el pueblo, apoderado de las armas de los soldados franceses prisioneros y algunas otras, se reparte en todos los puntos para suplir con su número y su desesperación la falta de instrucción militar. Apenas habian sido tomadas estas disposiciones, cuando se anuncia la llegada de una columna enemiga á las órdenes del general Lefranc por la calle de San Pedro. Daoiz y Velarde la esperan inmóviles al pié de los dos cañones hasta que los gastadores empiezan á trabajar para romper la puerta, y entonces los disparan al través de ella á fin de que el estrago sea mayor. En efecto, el pueblo ruge de alegría al ver cubierta la calle de cadáveres, y los enemigos tienen que retirarse.

Murat conoció luego que era allí donde tenia que dirigir su principal atención, y mandó contra el parque á la división westfaliana al mando del general Lagrange, con caballería y artillería. Cuando éste llegó vió que los españoles habian colocado fuera dos cañones más, uno en la parte más elevada de la calle de San José, en la confluencia de cuatro, y otro en la Ancha de San Bernardo, y que era preciso un ataque simultáneo por las tres vías que conducian á la improvisada fortaleza. Espantoso fué el fuego que se cruzó en ellas por espacio de tres horas, durante las cuales el espíritu que animaba los españoles produjo hechos de extraordinario heroísmo: los franceses estaban maniobrando á metralla, y los paisanos avanzaban sueltos contra ella á disparar un simple fusil ó una escopeta; á cada cañonazo que diezaba los reducidos pelotones contestaban con el grito animador de *viva Fernando y viva España*, última palabra también de los que sucumben; muertos todos los artilleros que servian las piezas de la calle de San José, se vió que seguía ejecutando cargada por mujeres; herido gravemente Ruiz por un exceso de bravura, lo es también Daoiz en un muslo, mas no se separa de su cañón ni suspende el fuego sino cuando le faltan del todo las municiones. Tráele Velarde un cajón de priedras de chispa para que dispare con ellas á metralla, y él casi solo ya, lo carga y prende fuego por dos veces. Al fin la sangre que pierde le obliga á apoyar-



se en la cureña, y entonces hacen los franceses señal de parlamento con un pañuelo blanco. Era una infame traición. A las pocas palabras que cambia con el oficial que avanza, se ve que ambos se ponen en guardia y empiezan á batirse personalmente con sus espadas sosteniéndose Daoiz en su cañón. Los granaderos que habian seguido al supuesto parlamentario cortan luego el combate cercando al oficial español y acometiéndolo á bayonetazos. Entre tanto la columna, despreciando el fuego de la fusilería, avanzó con denuedo á la bayoneta, y penetró hasta el patio del parque donde encontró á Velarde que volvia con otro cañón y más municiones para su compañero. Quiso defenderse de los que le atacaron; pero á él también un oficial polaco le dispara un pistoletazo por la espalda, y cae sin vida en tierra. Todavía siguieron sosteniendo el fuego por las habitaciones interiores los voluntarios y gente del pueblo hasta que se llenaron de enemigos. Entonces fué cuando capituló el capitán de aquéllos, don Rafael de Goicoechea, por salvar los pocos soldados que le quedaban.

¡Así terminó el más terrible episodio de aquel aciago día, y así terminaron su carrera Daoiz y Velarde, los dos primeros mártires ilustres de la independencia española! ¡Modelo de patriotismo y de valor, ellos serán eternamente honra de España y sus ángeles de guarda, quenada defiende tanto á las naciones como la memoria de sus mártires y de sus glorias!

Pero en tanto que el pueblo lucha y derrama su sangre por la salvación de España ¿qué hacian sus generales? ¿qué hacian sus magnates? ¿qué hacia la junta de gobierno? ¡Triste es decirlo! Entre los mártires de aquel luctuoso día no se ve uno solo de esos herederos de nombres ilustres que en los tiempos de paz brillan cargados de oro al rededor del trono. Se escondian quizá en el último rincón de sus grandes casas, mientras las mujerzuelas sin hogar siquiera que defender salian á pelear por la patria. Los nombres de aquel día todos son desconocidos, y los que más á la vista sobresalen entre aquella muchedumbre de rudas formas y de grosera ropa son dos simples capitanes. ¡Ho-

nor al pueblo, pues, que suya es la gloria de la jornada del 2 de mayo!

Los generales repetian á los soldados españoles la orden de permanecer encerrados en sus cuarteles, meros testigos de la matanza del pueblo, cuando ya se sabia, por declaración de Murat, que Napoleón no reconocia al rey que habia jurado; y la junta, embargada por la turbación y la flaqueza, facilitaba el último golpe á los asesinos del pueblo y se preparaba á sí misma el tormento que debia recibir en castigo de sus debilidades.

Ofarril y Azanza, montados á caballo, no logrando ser escuchados de los franceses á quienes se acercaron, corren á avistarse con el gran duque, que desde el principio del tiroteo se habia trasladado con su escolta á la montaña del Príncipe Pío, fuera de la puerta de San Vicente, para con más desembarazo dictar sus órdenes á las tropas de adentro y de las afueras, y le ofrecen apagar el combate y restablecer el sosiego si manda suspender el fuego y les da un general que los acompañe á recoger los puestos. Murat consintió en su petición, y designó al general Harispe para que les siguiese. Vuelan á los Consejos, comunican su misión á los demás miembros, y todos se reparten por la población agitando pañuelos blancos y ofreciendo la paz y el olvido de lo pasado. Oficiales de ambos ejércitos los siguen reiterando sus promesas, al par que librando á muchos de una muerte segura. Y los combatientes los escuchan, y el pueblo se retira á sus hogares, sucediendo al fragor del combate un profundo silencio.

Pero fué de corta duración. De repente se extienden por todo Madrid las tropas de Murat, y colocan en las boca-calles cañones con mecha encendida. Trás este siniestro anuncio se exparció una voz horrorosa, el rumor de un atentado feroz que nadie se atreve á creer, y que, sin embargo, era cierto. Apenas restablecida la calma en virtud de las promesas hechas á su nombre por los miembros de la junta y los oficiales franceses, el gran duque habia dictado, ardiendo en sed de venganza, esta bárbara orden del día á su ejército: «Soldados: La población de Madrid se ha sublevado, y ha llegado



hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

Artículo I. El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

Art. II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

Art. III. La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permission especial, serán arcabuceados.

Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

Art. V. Toda reunion de más ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusilería.

Art. VI. Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos; y los ministros de los conventos de sus religiosos.

Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados.»

Si la lectura de este bando sanguinario inspira horror, ¿cuánto no deberá arrancar de toda alma noble su inicua ejecucion? Sin darle publicidad hasta el dia siguiente, sin aguardar á la reunion de la comision militar, sin que tenga Madrid el menor conocimiento de la voluntad del vencedor, descansando, por el contrario, en la fé de las promesas que se le hicieran, las patrullas francesas prendieron á cuantos encontraron por la calle, á quienes pudieron achacar que llevaban armas ofensivas, y principiaron á fusilarlos en el sitio más concurrido de la capital, al pié de la iglesia de la Soledad, en la Puerta del Sol. Armas ofensivas eran, para aquellos hombres despechados de que

los hubiese humillado repetidas veces un pueblo inerme y sin jefes, los instrumentos del artesano ó del jornalero, el serrucho del carpintero, el estuche del barbero, la navaja del fumador, el corta-plumas de todo el mundo y hasta la tijerilla de la inofensiva costurera, á quien tampoco salva el sexo de la fiereza del ignorado bando. Amontonáronse los presos en casa de Correos, é instalada al fin allí la comision militar, presidida por Grouchi, y vergüenza es decirlo! por un general español, el capitán general Negrete, empezaron á caer sobre ellos feroces sentencias de muerte, que se ejecutaban en el acto sin hacer comparecer á juicio las víctimas, sin permitirles defensa ni aclaracion, sin otra indagacion que la del nombre, y sin concederles siquiera el último consuelo de la religion. ¡Noche horrible! Jóvenes y ancianos, sacerdotes y mujeres, marchaban atados de dos en dos al lugar del sacrificio, en el Prado y en el Retiro; y allí, reunidos en monton, al reconocerse tal vez los hermanos ó los amigos, una descarga de fusilería ó un disparo de metralla por dicha, les arrebató de una vez la vida. ¡Por dicha, pues hay infelices á quienes la descarga no ha hecho más que destrozár un miembro, y son levantados del charco juntamente con los cadáveres, para hacer lugar á nuevas víctimas, y son enterrados con ellos!! ¡Noche espantosa, cuyos roncós ecos oía Madrid sin acertar á ceer que lo cubrian de luto y de dolor!! El sol del siguiente dia 3 vino á iluminar la horrible realidad de aquel misterio, y áun alcanzó á alumbrar la última ejecucion en el cercado de la casa del Príncipe Pio.

«Dificil será, dice un historiador, testigo de aquellas dolorosas escenas, calcular ahora la pérdida que hubo por ambas partes. El consejo, interesado en disminuirla, la rebaja á unos doscientos hombres del pueblo. Murat, aumentando la de los españoles, redujo la suya acortándola el Monitor hasta unos ochenta entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas por la sazón en que se hicieron y el diverso interés que á todos ellos movía. Segun lo que vimos, y atendiendo á lo que hemos consultado despues, y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que



aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en mil doscientos hombres.» «Esto por lo relativo al combate, dice otro historiador. Cuanto á las ejecuciones, el cálculo es todavía mas difícil; pero desde luego se puede asegurar ser falso el «algunos pocos» del manifesto del consejo, no ménos que la asercion de Foy, que asegura no haber pasado de cincuenta personas las que cayeron víctimas de aquella sangrienta atrocidad. Las sombras de la noche del 2 ocultaron su número, lo mismo que su martirio; pero, habiendo sido veintitres los fusilados en la montaña del Príncipe Pio á la clara luz del dia siguiente, podrá calcularse por esto el número considerablemente mayor que pereceria ignorado durante la noche.» En el archivo del ayuntamiento de Madrid se guarda una lista de ciento treinta y nueve víctimas de aquel asesinato, cuyos nombres pudieron identificarse: cuatro son mujeres.

Los franceses, así los que asistieron á aquella jornada como los que, recientes su memoria, escribieron sobre ella, atribuyeron el alzamiento de los madrileños á una conspiracion semejante á la de las Vísperas Sicilianas, tramada por la junta y el consejo. La conducta débil y vacilante de estas autoridades fué para Murat una comprobacion de sus sospechas, y tuvo decidido empeño en someter á un consejo de guerra á Ofarril y á Negrete, precisamente aquellos á quienes fué principalmente debido el abandono del pueblo y su desastre. Y gracias quizá á Moncey, que, ménos ciego de venganza ó ménos iluso, vió la mejor prueba de haber sido aquel un arranque espontáneo del pueblo en su desconcierto y en su perdicion, no pagaron con la vida su imprevision y su flaqueza al mismo á quien sirvieran.

A su vez los españoles atribuyeron el fatal movimiento á una trama urdida por sus huéspedes. Por nuestra parte, reconociendo que Murat deseaba una ocasion para abatir con toda seguridad la altivez del pueblo castellano, como lo justifican bastantemente sus alardes

de fuerza, las desmedidas y continuas humillaciones que impuso á la junta y las jactanciosas manifestaciones de algunos oficiales, creemos sin embargo que en el drama sangriento del 2 de Mayo no tuvo otro papel que el de verdugo. El estado general de la opinion, los sucesos que lo precedieron y las circunstancias que lo acompañaron declaran bien que la insurreccion fué un impulso espontáneo de la indignacion del pueblo que se encuentra en la historia más celoso de su independencia. A nuestro juicio no prueban que hubiese promovido secretamente la sublevacion sino que veia con placer que hubiese llegado la ocasion que apetecia su orgullo y su fin político, las arrogantes palabras que en la mañana del 3 decia á sus circunstantes: «La jornada de ayer pone á España en las manos del emperador.»

«Decid más bien que se la quita para siempre,» le contestó Ofarril con firmeza, aludiendo á la iniquidad de su conducta, y manifestando una tardía confianza en el poder del pueblo. El 2 de Mayo fué, en efecto, una vergonzosa y funesta victoria para la Francia, para Napoleon y para el general que la alcanzó. No pasaron muchos años sin que la Francia quedase hollada por los caballos de la Santa Alianza, y sin que Napoleon se reconviniese amargamente de su perfidia sobre una descarnada roca del Océano, y sin que Murat pereciese cual un bandido, como las víctimas del 2 de Mayo, llamando en vano á las leyes en su amparo. El 2 de Mayo no fué sólo el grito de guerra y de venganza para toda España, fué también la voz de alarma para toda Europa esclavizada.

Por eso la generacion presente ha honrado la memoria del aciago 2 de Mayo, erigiendo un monumento que trasmita á la posteridad, con las cenizas de los mártires, el recuerdo de aquel dia de gloria y de dolor. El conservará vivo aternamente este amor sagrado de los españoles á la independencia, y nos salvará de extranjera esclavitud si está escrito que han de venir al mundo todavía conquistadores como Cyro, como Alejandro, como Napoleon.